

EL SECRETO DE LOCHAN

Por *Elena Wetch*

LOCHAN arrugó su carita negra. Estaba muy preocupado porque había oído sollozar a su madre dentro de la choza. ¿Qué le pasaría? ¿Por qué no le permitía su abuela ver a su hermanito? Y, ¿dónde había ido su padre? Lochan sabía que su hermanito había nacido esa tarde. Su padre se lo había dicho. Luego su padre se había ido al bosque donde permaneció por



algún tiempo. Hacía sólo unos instantes que había regresado a la choza.

Cuando Lochan quiso

entrar con él, su abuela le cortó el paso.

En eso se abrió la puerta de nuevo Lochan pudo oír más claramente los sollozos de su madre. Entonces el padre salió llevando en sus brazos un envoltorio blanco.

El corazón de Lochan casi estalló de

dolor. ¡Su hermanito! ¡Había muerto y su padre lo llevaba a sepultar!

-¡Oh, papá! -sollozó Lochan y corrió hacia él-. ¡Déjame ver a mi hermanito! ¡Te lo ruego! ¡Sólo una vez!

Cuando Lochan alcanzó a su padre, se asió del envoltorio blanco que éste llevaba en sus brazos. De pronto oyó un llanto apagado y quejumbroso. ¡El bebé no estaba muerto!

-¡Papá! -exclamó Lochan-. ¿A dónde llevas a mi hermanito? ¿Por qué está llorando mamá? ¿Está enfermo mi hermanito?

Pero el padre de Lochan sólo se limitó a sacudir la cabeza.

-Tu abuela te explicará -murmuró-. De cualquier manera tienes otro hermanito.

Lochan se volvió y corrió hacia la choza.

-Abuela, ¿Qué es lo que tienes que decirme? ¿Por qué está llorando mamá? ¿Dónde lleva papá a mi hermanito?

Las arrugas que la abuela tenía en su rostro se acentuaron. Poniendo su mano nudosa sobre la cabeza del niño, le acarició el cabello.

-Tu padre quiere decir que debo explicarte la costumbre de nuestra tribu. En esta aldea africana está mal guardar dos bebés que nacen a la mamá al mismo tiempo. Esta tarde tu madre dio a luz dos varoncitos. Los malos espíritus están haciendo a tu padre llevar uno de ellos al bosque.

-¡O-o.oh, no! -exclamó Lochan tapándose los oídos con las manos. No podía aguantar de oír nada más. Dirigiéndose a su abuela exclamó:- "¡Los animales salvajes! ¡Las serpientes! Alguna cosa mala le pasara a mi hermanito".

Su abuela parecía no oír. Se volvió lentamente hacia la choza.

-Tengo que cuidar a tu madre -dijo suspirando con una voz muy cansada.

Después que su abuela se hubo ido, Lochan se quedó inmóvil. Entonces se le ocurrió una idea. Seguiría a su padre. Quizás pudiera hacer algo para salvar a su hermanito.

Rápido como un antílope y liviano como un gato, Lochan salió por el sendero por donde había ido su padre. Aunque estaba anocheciendo, el muchacho pronto avistó a su padre y aminoró la marcha. No

quería ser visto. Esperaría hasta que su padre dejara al bebé y emprendiera el regreso a la casa. Lo que haría después de eso, no lo sabía.

Antes de mucho vio que su padre colocaba el envoltorio junto a un tronco, abandonaba al niño y desaparecía en el bosque.

Rápidamente Lochan se adelantó y levantó a su hermanito. Palpó su carita y sus manos, y el bebé dio unos grititos que hicieron llorar de nuevo a Lochan.

¡Oh, hermanito, si tan sólo tuviera un lugar para esconderte!

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando se acordó de la cueva que estaba en las afueras de la aldea donde él y sus amigos solían ir a jugar. Se escurrió entre la maleza esperando no ser visto por nadie. Al acercarse a la cueva, oyó un ruido y se detuvo. Era sólo una hiena que se escabullía entre los arbustos.

Cuando llegó al claro que estaba a la entrada de la cueva miró a su alrededor. Entonces entró cautelosamente en la caverna. En una saliente alta había un hueco, allí colocó al bebé. Oró al gran espíritu para que ningún animal salvaje dañara a su hermano y para que los llantos del bebé no revelaran el escondite secreto. Volviéndose luego, corrió a la casa.

Cuando llegó, su madre había dejado de llorar, y la choza estaba a oscuras, de modo que Lochan se dirigió a su jergón sin hablar con nadie.

A la mañana siguiente nadie mencionó al hermanito perdido. Lochan acarició al niño que tenía su madre. Luego su padre le alcanzó una bolsa de ropa sucia.

-Hoy tendrás que lavar. Yo iré al mercado y tu abuela cuidará de tu madre. Lochan tomó la ropa. Pero cuando se volvió para irse, su padre lo tomó del brazo. Oye, no te acerques a ese muchacho, Yo-Yo -le advirtió-. Tú sabes que ha estado en el lugar malo.

Lochan asintió nuevamente con la cabeza. Pero no dijo nada. A su mente acudieron muchos pensamientos. ¡Yo-Yo! ¡El lugar malo! Su padre quería decir que su amigo había ido al hospital de la misión de la colina, cuando estuvo enfermo. Los doctores lo habían curado. También le habían contado muchas historias de un Salvador, llamado Jesús.

El hospital no podía ser un lugar malo, pensó Lochan. Había salvado la vida de Yo-Yo. Ir al hospital no parecía algo tan malo como abandonar a un niño en el bosque para que muriera.

Rápidamente Lochan hizo su decisión. Llevaría a su hermanito al hospital de la misión, y la bolsa de ropa sucia le ayudaría a llevar a cabo su plan!

Cuando Lochan llegó a la cueva oyó llorar a su hermanito. Pero tan pronto como él lo tocó, el niño se tranquilizó. En un instante Lochan lo acomodó dentro de la bolsa de ropa.

El hospital quedaba lejos, y Lochan tuvo que detenerse muchas veces para descansar. Pero al fin llegó, y entregó el bebé a los doctores.

Aunque los bondadosos misioneros querían que descansara, Lochan rehusó hacerlo. Había sido una caminata larga y ardua, y estaba cansado. Pero todavía tenía que lavar muchas piezas de ropa. Pero no le importaba, porque de no haber sido por la ropa, no podría haber llevado a su hermanito al hospital donde los doctores lo cuidarían y, cuando creciera, le contarían historias de Jesús.

Mientras Lochan descendía por la colina hacia su aldea, se hizo una promesa. Algún día volvería al hospital. "Veré a mi hermanito -murmuró-, y también escucharé esas historias acerca de Jesús".